

LAICOS Y FAMILIAS EN MISIÓN EN EL MUNDO

El Concilio Vaticano II, describiendo positivamente la vocación del laico y su misión, sin lugar a dudas ha significado un cambio. Los fieles laicos: «Son, pues, los cristianos que están incorporados a Cristo por el bautismo, que forman el pueblo de Dios y que participan de las funciones de Cristo: sacerdote, profeta y rey. Ellos realizan, según su condición, la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo» (*Lumen gentium*, 31).

El papel vital y crucial de los laicos se ha ido aclarando progresivamente en las décadas siguientes y tuvo un nuevo punto de inflexión con el Sínodo de 1987, centrado en los laicos: el título de la Asamblea sinodal era *La vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo*. En 1988, como resultado de la reflexión de ese Sínodo, san Juan Pablo II publicó la *Christifideles laici*, donde la vocación y la misión de los laicos se describen a través de la imagen de los trabajadores que un propietario, después de acordar la paga, envía a trabajar a su viña (cf Mt 20,1-2). «La viña es el mundo entero (cf Mt 13,38), que debe ser transformado según el designio divino en vista de la venida definitiva del reino de Dios» (*Christifideles laici*, 1).

El mundo, en consecuencia, es el lugar donde los laicos viven y testimonian su fe: «Se trata de un “lugar” que viene presentado en términos dinámicos: los fieles laicos “viven en el mundo, esto es, implicados en todas y cada una de las ocupaciones y trabajos del mundo y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, de la que su existencia se encuentra como entretejida”» (*Christifideles laici*, 15). De hecho, los laicos son personas normales que viven sus vidas en el mundo: estudian, trabajan, establecen relaciones amistosas y tejen relaciones sociales, profesionales y culturales. Precisamente en estos ambientes, es decir, en el mundo, es donde

ellos están llamados a vivir su fe y dar su testimonio como cristianos. Esta es su misión. «De este modo, el ser y el actuar en el mundo son para los fieles laicos no solo una realidad antropológica y sociológica, sino también, y específicamente, una realidad teológica y eclesial. En efecto, Dios les manifiesta su designio en su situación intramundana, y les comunica la particular vocación de “buscar el reino de Dios tratando las realidades temporales y ordenándolas según Dios”» (*Christifideles laici*, 15).

El laico encuentra su modelo en el mismo Jesús, que participó en la convivencia humana y santificó sus relaciones, desde las familiares hasta las sociales. Como Jesús, vivió una profunda experiencia, humano-divina en el mundo; así están llamados a hacer todos los laicos bautizados. Por lo tanto, el laicado no es una condición inferior o de segundo grado. Encuentra las raíces de su ser y, por lo tanto, de su sentido, en el bautismo, como cualquier cristiano. El papa Francisco lo explica con su estilo eficaz y realista: «Nuestra primera y fundamental consagración hunde sus raíces en nuestro bautismo. A nadie han bautizado cura, ni obispo. Nos han bautizados laicos y es el signo indeleble que nunca nadie podrá eliminar. Nos hace bien recordar que la Iglesia no es una élite de los sacerdotes, de los consagrados, de los obispos, sino que todos formamos el Santo Pueblo fiel de Dios» (Carta al cardenal Marc Ouellet, 19 de marzo de 2016).

El bautismo es, para todos, el comienzo de la vida cristiana: nos hace hijos de Dios y nos coloca como cristianos en el mundo. Todos entramos en la Iglesia como laicos bautizados. La relación fe-mundo se encuentra en el corazón de la identidad cristiana, que en su forma auténtica de discípulo es misionero, ya que trae el mundo dentro de él, con él y en torno a él para transfigurarlo en la Pascua de Jesús. El bautismo lo sumerge en el misterio pascual, introduciéndolo cada vez más cristianamente en el mundo, haciéndolo morir al mundo y renacer en Dios. La corporeidad es la forma más humana de llevar consigo mismo el mundo, cuya forma pascual es la Iglesia (cf Gál 4,20). La misión se presenta como una relación entre Dios y el mundo, entre la Iglesia y el mundo, entre la fe cristiana y las culturas y las religiones. En el corazón de esta relación se encuentra el

laico bautizado, que, ya sea en el matrimonio ya sea en la virginidad, decide por sí mismo su relación salvífica con el mundo, dentro de sí y fuera de sí, a través y dentro de la Iglesia, cuerpo y esposa de Cristo, que está siempre en el mundo, para la salvación del mundo (pueblo de Dios).

La identidad bautismal del laico cristiano debe restablecer la centralidad eucarística del matrimonio y de la virginidad consagrada. En la Eucaristía se revela el significado más profundo de nuestro ser en el mundo: el cuerpo entregado y la sangre derramada muestran la entrega total, de forma gratuita, en sí mismos como el único sentido de la vida y de la vida en plenitud (cf Jn 10,10). El matrimonio y la virginidad son formas existenciales de la ofrenda de sí mismo para la santificación a través del propio cuerpo (cf Rom 12,1-2), que colocan a cada discípulo misionero en una relación específica y única con el mundo.

La libertad, la justicia, la paz, el diálogo, la fraternidad y la unidad de la humanidad no son simples valores del Reino para defender y aplicar. Son dimensiones de una misión que construye la Iglesia-Reino como una transfiguración real del mundo gracias a la Pascua de Jesús en el camino hacia la Jerusalén celeste, el cumplimiento escatológico del Reino. La unión beatífica será de carácter esponsal. Cada uno vive, se santifica y se transfigura a sí mismo y al otro dentro de su vocación como misión. La Iglesia es el principio y el germen del Reino. Así que el Reino, una vez completado en la Pascua escatológica, es la Iglesia en su plenitud, la esposa del cordero (cf Ap 19,9; 21; 22,17).

El matrimonio y la familia, junto con el trabajo, articulan la transfiguración del mundo, que es el camino cotidiano de la gran mayoría de los laicos para cumplir una misión, siendo testigos de su fe en la caridad. Hay una relación íntima entre la misión y la familia cristiana. Esta última es generada por la misión: para convertirse en una familia cristiana, fue evangelizada un día, recibiendo el anuncio de Cristo. La familia se establece como tal a través de la misión, sobre todo en su deber de construir una verdadera comunión de amor entre los cónyuges, y de engendrar y educar a los niños. La exhortación apostólica *Familiaris consortio* afirma que «la

familia cristiana está llamada a tomar parte viva y responsable en la misión de la Iglesia de manera propia y original, es decir, poniendo al servicio de la Iglesia y de la sociedad su propio ser y obrar, en cuanto *comunidad íntima de vida y de amor*» (FC 50).

La familia cristiana, fundada en el sacramento del matrimonio, es misionera por definición en virtud de la vocación y la tarea de transmitir la fe y la vida. La misión de educar a los hijos e hijas, presentándoles el verdadero sentido de la realidad y de las relaciones humanas y ecológicas a la luz de la verdad cristiana de la fe, representa lo específicamente misionero de la familia cristiana. Educar en la fe resalta la responsabilidad de evangelizar a los niños y hacerlos discípulos y misioneros de Cristo en un contexto sociocultural que no siempre es favorable a la familia humana fundada en el matrimonio, una realidad de amor y unidad entre el hombre y la mujer.

La familia es una realidad universal que se presenta como la célula básica de la sociedad. Las numerosas metamorfosis y mutaciones que la afligen en el espacio y el tiempo (cf *Amoris laetitia*, 31-57) nos obligan a recordar que, sean cuales sean las olas de cambios que causan una cierta erosión y perversión, la familia no es solo una realidad socioantropológica, sino un lugar teológico inscrito en el plan salvífico del Dios uno y trino que es, él mismo, la comunión del amor original (cf *Amoris laetitia*, 10-11). De hecho, con los conceptos de pareja y familia, el Dios del amor se revela a los hombres como el esposo (cf *Familiaris consortio*, 13), indicando que la familia trinitaria es el arquetipo de la familia humana y que esta última es el icono de la comunión divina compuesta por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

En este sentido, las familias humanas y cristianas, llamadas a convertirse en iglesias domésticas, sirven de base antropológica para la construcción eclesial y social. Mejor aún, la alianza nupcial establecida a imagen de la relación esponsal de Cristo con la humanidad (la Iglesia), hace de la familia humana un lugar de crecimiento espiritual y una herramienta pedagógica de la misión de Cristo para llevar a los hombres a la plena comunión con Dios amor. La familia natural y la hermandad de sangre, fecundadas por

esta comunión trinitaria, se presentan como un método progresivo, un medio de aprendizaje gradual del amor personal y universal de todos los seres humanos considerados como hijos e hijas de Dios, hermano y hermana en Jesucristo. Este vínculo inequívoco entre la Iglesia y la familia significa que, en Jesucristo, los vínculos familiares y fraternos fundados en la fe, y fecundados por la fe de los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica, llevan la delantera sobre las relaciones familiares de sangre, pero sin suprimirlas (cf Lc 8,21).

La competencia profesional, entendida como la capacidad libre, inteligente y creativa de relacionarse con el mundo mediante su transformación, es la forma ordinaria en que los fieles laicos realizan su misión bautismal. Por vocación y profesión laical se entiende la dedicación competente y comprometida de la propia persona en la fe a través de la relación espousal conyugal y la calificación del trabajo. Ser un buen padre y esposo, una buena madre y esposa, se refiere a la competencia profesional no menos que ser un buen trabajador, un médico o un profesor competente, un agricultor cuidadoso y capaz. Incluso aquellos que física, moral o psíquicamente están imposibilitados para esta competencia activa y eficiente, pueden ser fecundos en la misión de la Iglesia gracias a la ofrenda eucarística de sí mismos unidos a la Pascua de Jesús, de la que se participa gracias a la situación personal de sufrimiento, enfermedad y dolor.

La misión, como transformación pascual del mundo, requiere redescubrir la identidad sacramental propia del ministerio del obispo y del sacerdote en el contexto bautismal laical del pueblo de Dios. No hay discriminación de superioridad o inferioridad entre el clero y los laicos, pero hay una diferencia ontológica, no solo en grado, por la que la Eucaristía y la reconciliación sacramental son prerrogativas únicas del sacerdocio ministerial (cf *Lumen gentium*, 10). Esta diferencia, sin embargo, está al servicio de la unidad apostólica ininterrumpida de la Iglesia (Tradición) que contribuye a la transmisión de la Verdad que salva. La única distinción bautismal verdadera con respecto a la salvación del cristiano es la que se establece entre matrimonio y virginidad, es decir, entre las dos únicas

formas de hacer del cuerpo-mundo el lugar de la revelación fructífera de Dios, de su salvación por nosotros y por el mundo, de la ofrenda de nosotros mismos a Dios.

Hoy el papa Francisco empuja a la Iglesia hacia las periferias, en dirección a un compromiso constante para acoger, proteger, promover e integrar, con la finalidad de crear una cultura del encuentro, de la acogida y de la comunión que pueda ser una respuesta creíble a la del descarte, a la cultura de la muerte, de las migraciones discriminadas y rechazadas, de la trata de personas. Su propuesta es clara: «Iglesia en salida - Laicado en salida». Se trata de levantar la mirada, de preocuparse evangélicamente del mundo, de salir de sí mismo para comprometerse con el mundo y con los pobres, de mirar «a los más “lejanos” de nuestro mundo, a tantas familias en dificultades y necesitadas de misericordia, a tantos campos de apostolado aún sin explorar» (Discurso a los participantes en la Asamblea plenaria del Pontificio Consejo para los laicos, Ciudad del Vaticano, 17 de junio de 2016).

Los laicos, por lo tanto, están llamados a estar a la vanguardia precisamente en los entornos más difíciles de alcanzar y con un compromiso de dedicación que de ninguna manera debe ser menor que el de los consagrados. No solo la Iglesia, sino también la familia humana actual, necesitan fieles laicos con una sólida formación humana y cristiana, especialmente jóvenes, hombres y mujeres, que hayan tenido un encuentro personal decisivo con Cristo. De hecho, solo el signo transfigurador que deja este encuentro personal hace que un hombre o una mujer sean capaces de «ensuciarse las manos» y «arriesgar», continúa diciendo el papa Francisco, encontrando el coraje de seguir adelante en su misión: anunciar a Cristo con la vida y con la palabra.

En el mundo de hoy, el teatro privilegiado para este anuncio y testimonio son las ciudades y, en particular, las grandes metrópolis. Dentro de estos grandes centros urbanos, junto a la desesperación y las contradicciones, hay una gran sed de Dios. Es aquí donde los laicos bautizados, por fe y competencia profesional, son llamados a testimoniar su encuentro con Cristo y a anunciar su Buena Noticia.

En estos contextos complejos, donde muchas veces la vida es vertiginosa, surgen dos necesidades con especial claridad para que la misión de los cristianos laicos sea auténtica y fructífera. En primer lugar, la formación sigue siendo central, de modo que la misión puede ser efectiva y estar en armonía con la Iglesia. Es esencial tener una formación cristiana que permita a los fieles laicos que están comprometidos en diferentes sectores poder comprender los desafíos lanzados por el mundo actual a la luz de la fe de la Iglesia.

El segundo aspecto fundamental es la necesidad de que la misión se desarrolle como fruto y como signo de comunión. Esto fue subrayado por san Juan Pablo II en la *Novo millennio ineunte*, carta apostólica con la que tenía la intención de inaugurar el tercer milenio. En ella, la «comunión» se define como «otro aspecto importante en que será necesario poner un decidido empeño programático, tanto en el ámbito de la Iglesia universal como de la Iglesias particulares, [...] que encarna y manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia» (*Novo millennio ineunte*, 42). Es precisamente viviendo en el espíritu de comunión y amor –continúa san Juan Pablo II– cuando «la Iglesia se manifiesta como “sacramento”, o sea, “signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad del género humano”».

El santo Papa polaco había entendido el papel crucial de la comunión dentro de la Iglesia y, en particular, su relevancia para garantizar la credibilidad y la eficacia del anuncio, ya fuese realizado por personas consagradas o bien por laicos o, mejor aún, por una comunidad donde ambos viven la Palabra de Dios en comunión, según sus respectivas vocaciones, en torno a la Eucaristía, fuente de unidad. Para esto es necesario hacer de todas las comunidades (parroquias, diócesis, asociaciones, grupos espontáneos, comunidades de base, institutos agregados y movimientos eclesiales) «casas y escuelas de comunión». Aquí está el gran desafío del comienzo del milenio. Por lo tanto, «antes de programar iniciativas concretas, hace falta *promover una espiritualidad de la comunión*, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano» (*Novo millennio ineunte*, 43).

Precisamente en referencia a estos dos aspectos –la formación y la comunión–, una contribución importante es la recibida en nuestros días por los movimientos eclesiales y por las nuevas comunidades y agregaciones, que surgieron en la Iglesia en los años anteriores al Concilio y que poco a poco se han ido consolidando, hasta nuestros días. A pesar de su gran variedad carismática, estos movimientos eclesiales han mostrado un fuerte compromiso bautismal misionero con los laicos, ofreciéndoles una adecuada formación cristiana frente a los desafíos de la sociedad contemporánea y, en algunos casos más que en otros, una marcada espiritualidad de comunión como elemento inspirador y como guía vital y eclesial. Estas comunidades han surgido cada vez más como lugares de testimonio, tanto en el ámbito personal como en el comunitario, de una vida cristiana concreta y coherente, capaz de responder a las exigencias del hombre de hoy.



Bautizados
y enviados

Octubre
2019